

Antonio Pereira

Antonio Manilla

La prueba del algodón de un cuentista es la oralidad. Y decimos del cuentista porque el narrador de más altos vuelos no debe aspirar necesariamente a la suspensión de la incredulidad que anima cada una de las líneas de un relato: una novela admite zonas muertas, cumbres y valles, caídas de tensión. La novela, como quien dice, se ve de lejos, igual que los cuadros impresionistas.

Pero un relato -más cuando se sustancia bajo la condición oral- está siempre bajo la lupa enjuiciadora de nuestra atención, que no tolera decaimientos ni desajustes, porque cualquier cosa puesta bajo un microscopio desenfocado da una imagen borrosa y abstracta que conduce al aburrimiento.

Claro está que a uno no le es dado conocer más que a unos pocos autores de relatos, y por lo tanto la prueba de la oralidad no puede ni debe considerarla como norma. Sin embargo, cuando se ha tenido la suerte de escuchar a uno de esos seres prodigiosos que con el endeble material de las palabras volanderas es capaz de alzar en nuestra memoria un edificio perdurable, lo menos que se puede hacer es reseñarlo.

No uno, sino dos -ahora que hago memoria- son los autores que en algún instante de mi vida han logrado distraerme del universo, con el solo concurso de su voz desgranando una historia. Uno, lo recordaréis, fue el malogrado Daniel Moyano, a quien en un par de ocasiones le escuché armar, con idénticos componentes (un violinista perdido en la inmensidad semidesierta de la Pampa), dos piezas radicalmente distintas pero igual de intensas e inolvidables, que raptaron literalmente la atención de su auditorio. Otro es Antonio Pereira, imagináoslo: cabeza berciana y venerable, gestualidad elocuente, dicción grave y cortés.

A Antonio Pereira uno le ha escuchado relatar las cosas más inverosímiles con la apostura que recomienda el confesionario y la vehemencia evidente que únicamente ponen en sus engaños los mentirosos que saben que lo son, y que los otros están en su secreto, poniendo mucho interés en ser creídos. En una ocasión, por ejemplo, sostuvo como incontestable la existencia

de pulpos atlánticos en las aguas dulces y montaÑeras del Burbia, que es uno de los ríos de su pueblo, en el noroeste de León. Sólo el brillo centelleante de unos ojillos refugiados tras el cristal de su miopía podía delatarlo, y yo pienso que algunos le creerían, como son muchos los que han creído una de sus historias más hilarantes y solicitadas -no hay reunión en que se escape sin contarla por petición popular-, aquella en la que asistimos al descubrimiento de un singular postizo, desconocido en España, como es el bisoÑé genital de las cabareteras.

Me vienen estas anécdotas a la memoria y las dejo aquí porque en un libro de Pereira encuentro ahora otras dos de esas magníficas historias que él suele narrar en público, *Así empezó Lourido* y, sobre todo, *Palabras, palabras para una rusa*. Porque Antonio Pereira es -más allá de la oralidad- un maestro (como lo llama él) del cuento-cuento, un escritor capaz, de esos que nos dejan en suspenso. Porque en uno de los relatos inéditos que se incluyen en esta antología ha dejado dicho que "a los escuchadores de historias nos resulta más fácil aceptar lo enorme que lo mediano", y esa afirmación con aires de poética me parece a mí que encierra el secreto del éxito oral de Antonio Pereira y una clave. La del arte todo del cuento.

Relatos sin fronteras. Barrio de Maravillas. Antonio Pereira

